

## PRÓLOGO DEL AUTOR

Me alegra la iniciativa de la sociedad editorial Indigo/Cuarto Propio de publicar este libro, que a pesar de circular en España desde hace unos dos años es de difícil acceso para los latinoamericanos en vista de la pobre distribución de libros europeos en América Latina. Aunque hace desde unos veinte siglos alguien dijo que nadie es profeta en su tierra, ello sigue pareciéndonos cierto; no he dejado de albergar la loca idea de que yo pudiera llegar a ser una excepción, y algunas de las cosas que digo llegasen a ser no sólo escuchadas por mis congéneres latinoamericanos, sino llevadas a la práctica.

No soy profesionalmente un educador sino un médico, aunque últimamente me sienta más educador que médico. Actividad encaminada a la toma de conciencia de los sentidos y del movimiento, de nuestros actos y relaciones interpersonales, de las emociones, deseos y pensamientos.

Pero esto precede a mi llegada explícita al mundo de la educación, que es cosa reciente, por más que una serie de hechos providenciales me hayan ido preparando para ello –comenzando con la invitación a escribir para el centro de estudios de política educacional para el Standford Research Institute en Palo Alto (un informe que posteriormente (en 1970) se publicó como *La única bûqueda*)–. También una serie de invitaciones a congresos de educación y conferencias han coincidido con que, a medida que la condición crítica del mundo se agrava y tanto la vejez como el desarrollo progresivo de mi pensamiento me ha ayudado a comprenderlo mejor, sucede que hoy en día lo meramente académico y hasta lo meramente terapéutico me interesan menos que el aplicar el fruto de mi trabajo –tanto intelectual como práctico– al mejoramiento de nuestra compleja problemática colectiva.

Se habla mucho hoy en día acerca de la crisis de la educación, y con buena razón para ello; pero pienso que la crisis de la educación sea sólo uno de los múltiples reflejos de la crisis del mundo –y poco me habría interesado en la educación de no ser por la convicción de que sólo una transformación de la educación pudiera salvarnos de la trágica escalada de la violencia, la deshumanización y destrucción de la vida, valores y culturas que asolan nuestro planeta.

Pero vamos por partes. ¿En qué consiste la crisis de la educación? Principalmente en que tanto los alumnos como los profesores se sienten infelices. En los docentes tal infelicidad se manifiesta en desmotivación, depresión y enfermedades físicas, en tanto que en los estudiantes se manifiesta en desinterés, rebeldía, trastornos de la atención y del aprendizaje, violencia. Las interpretaciones principales del fenómeno son dos: una, la de las autoridades, que responsabilizan a los estudiantes, a quienes acusan y pretenden corregir, y la de aquellos que piensan que los estudiantes “tienen razón” en su desinterés y en su ira, pues la educación que se les ofrece es monstruosamente obsoleta y hasta perversa –por más que los educadores, tan condicionados por sus cánones, no sean capaces de percatarse de ello.

En todo caso, no son responsables los profesores a los que el sistema que les suministra el pan de cada día les exija adaptarse a una tarea enajenante y enajenadora. Pero si fueran más conscientes se podrían atrever a querer algo diferente de lo que hay, y unir sus voces por la transformación del presente modelo educacional –que podemos llamar el modelo patriarcal tradicional– en una educación que esté al servicio del desarrollo humano, tanto de las personas como de la colectividad.

.Ya la UNESCO ha propuesto al formular un ideal de que no sólo se ayude a los educandos a aprender a hacer, sino a aprender a aprender, aprender a convivir y especialmente aprender a ser. Pero aunque este ideal de una educación holística se haya celebrado ampliamente, la práctica va muy por detrás de los ideales: la educación se resiste al cambio, tal vez más que ninguna otra institución. Y en esta resistencia al cambio se hace cómplice, me parece, del complejo militar, industrial y financiero global, para el cual la educación sigue siendo la preparación de las fuerzas del trabajo para la obediencia, la conformidad y la simpatía con sus ideales. Así, tenemos el mundo que tenemos porque tenemos la educación que tenemos.

Pero la educación, que ha sido cómplice secreto del sistema militar-industrial, encierra el potencial de servir más bien a la comunidad y a la humanidad, así como al bien común. Y lo más importante que tengo que decirle a los educadores es precisamente que de ellos depende nuestro bien común, o más precisamente dicho, de ellos y de su coraje depende la transformación de la educación, de la cual a su vez depende la mejoría de las condiciones sociales que nos están llevando cada vez más a una situación crítica.

Una forma de reformular esta propuesta con otras palabras sería que debemos dar un salto del uso de la educación como medio de transmisión o reproducción de una cultura a un uso de la educación al servicio de una transformación, que nos lleve desde nuestra presente condición a algo que no conocemos. Y un primer paso hacia esta transformación me parece que tendrá que ser una comprensión amplia de cuánto más debería ser la educación, y urge que sea, que la simple instrucción.

La perspectiva desde la que he escrito este libro es la misma que la cultura judeo-cristiana formulaba en forma mítica y dogmática como la doctrina de la caída de una condición paradisíaca a comienzos de la historia –creencia que ya estábamos a punto de relegar a la categoría de las supersticiones del pasado, pero que viene a ser ahora suficientemente fundamentada por la arqueología y las ciencias sociales.

Soy de aquellos que piensan que nuestra actual crisis, lejos de ser el resultado de una complicación reciente de la vida civilizada, no es otra cosa que la obsolescencia de aquello que estamos acostumbrados a glorificar como nuestra “civilización”.

Podemos decir que la civilización desde sus comienzos ha sido violenta, injusta, represiva, autoritaria, insensible, explotadora, etcétera, y es mi tesis la de que tales características han derivado de la institución del *pater familias* y el consecuente desequilibrio entre padre, madre e hijo, primero en la familia y luego en la mente individual y la cultura.

Al parecer, la intensificación del mal patriarcal a los comienzos de nuestra historia se debió a la influencia de los pueblos indo-arios y semitas desplazados de una región de la tierra que se extendió desde el Sahara a las estepas rusas, que fue una especie de paraíso terrenal antes de las sequías que siguieron al derretimiento de los glaciares, inundaciones y diluvios. Todo dice que la amenaza a la supervivencia incitó a pueblos ya sedentarios a un nuevo nomadismo rapaz cuando la decreciente fertilidad de la tierra constituyó un estímulo a algo así como la “supervivencia de los fuertes”: no sólo a la selección natural de los violentos, sino los insensibles, los fríos o no empáticos, sino también los astutos y estratégicos, que ayudados de la nueva tecnología de la “edad del hierro” y la domesticación del caballo invadieron los poblados sedentarios de Europa y Asia, dando nacimiento de esta manera tan poco bella a las grandes civilizaciones clásicas, en las que la violencia pasó a adornarse de gloria militar y nobles aspiraciones.

Y ésta es otra característica de la civilización aparte de la violencia, y sin la cual la vida civilizada no se contrastaría ventajosamente con la condición de “los bárbaros”: la civilización es auto-idealizante, y en la medida en que somos seres civilizados, internalizamos sus ideales y terminamos auto-idealizándonos, de tal manera que nuestros más nobles ideales sirven de tapadera a nuestros peores vicios.

¿Qué podemos hacer, si es verdad lo que digo?

Si no me equivoco en postular que el estado crítico de nuestro asuntos no es el resultado de meros errores políticos o de las leyes del mercado, sino de una manera de ser que más hemos celebrado que cuestionado a través de milenios y ya se nos hace obsoletamente disfuncional, ¿significa ello que el problema que nos aqueja es demasiado enorme para ser resuelto?

No necesariamente, y bien podría ser que, así como el individuo que sufre de un mal emocional necesita reconocerlo para ser ayudado, también una nueva esperanza se abre al mundo cuando éste reconozca su propio mal milenario –que podríamos llamar el ego patriarcal. Ciertamente sólo podría combatirse un mal tan universal y endémico a través de su raíz mental -esa forma de pensar, sentir y querer de la cual todos los problemas sociales son derivados sintomáticos.

Pero ni siquiera un programa colectivo para el despertar y cura de la conciencia podría prometernos un mundo mejor.

Afortunadamente, sin embargo, es más fácil prevenir que curar, y el control que tenemos sobre la educación nos permite concebir el proyecto de una generación de seres más sabios y amorosos que aquellos que integran la nuestra.

El gran problema, es que la propuesta de una educación salvífica deba pasar por la transformación de una institución tan altamente fosilizada como la burocracia de la educación, y tanto más preocupada de servirse a sí misma que a la comunidad, y no albergaría la noción de poder contribuir a ello si no fuese porque algunos años atrás comprendí que el método que había desarrollado para la formación psico-espiritual de terapeutas podría ser, con suficiente voluntad política para ello, el fermento de la transformación de un sistema educacional.

Es desde entonces que vengo interesándome en militar por una transformación de la educación que la lleve de su actual propósito de perpetuar nuestra problemática mentalidad patriarcal a la de servir a la salud y el desarrollo de las personas y de la sociedad.

Y de pronto me vi rodeado de colaboradores. Y aunque pareciera mi gesto el de un Quijote a punto de arremeter contra los molinos de viento, contribuyó el apoyo de algunos a darme ánimos respecto a la aparentemente loca idea de que no sólo sea posible el cambio de la educación sino que, a través de ella, el cambio de rumbo de la historia.

Comenzó mi exploración práctica del asunto reuniéndome en España con 120 ex-alumnos de la Escuela SAT que trabajan en la educación. Para este encuentro de dos días conté con la pericia de Arturo Pozo –bajo la supervisión del Instituto Internacional para la Facilitación y el Consenso– y durante buena parte de ella los participantes, divididos en 6 grupos de 20 personas cada uno, discurrieron acerca de cómo se podría llevar el efecto transformador del programa SAT al sistema educativo español, cómo integrar su inspiración a la enseñanza escolar, y acerca de la posibilidad de transformar el sistema mismo. Surgieron numerosas ofertas de ayuda respecto a difusión y financiamiento, pero más allá de todo ello, la reunión tuvo el efecto de estimular el interés, el compromiso y la esperanza de los participantes.

Estuvo presente durante nuestra reunión Nicole Diesbach, directora del Instituto de Investigaciones Pedagógicas de la Universidad de Baja California, que durante la clausura expresó su opinión de que cuando se tiene una visión clara, las puertas se abren, y cuando a la salida llamé su atención acerca de la fecha del día en curso –el 14 de julio– me respondió: “Aquella revolución fracasó, pero esta triunfará –y no porque tengamos nada de grandiosos” –. Sonreímos, en tácito acuerdo respecto a que la única revolución que puede triunfar es una que se centre en la mente y en las ideas, así como al hecho obvio de que ya la hemos comenzado.

En Brasil surgió luego un organismo (más precisamente una OSCIP -una organización de sociedad civil de interés público) para la diseminación de los programas SAT en la educación, y asociaciones comparables están tomando forma también en otros países. Y a mis dos años de trabajo con los formadores en Chile (por iniciativa de Mariana Aylwin, entonces ministra), siguió otro con educadores argentinos (comenzado en tal momento político que el edificio del Ministerio de Educación estaba vacío, pero un grupo de profesores se reunió para ayudarme); y luego hicimos la introducción al programa SAT para los alumnos de las facultades de educación de las dos universidades de Puebla, en México; recibimos la invitación de la Junta de Gobierno de Sevilla y fue acreditado nuestro método por Cataluña.

Poco a poco, otras asociaciones nacionales para la promoción del proceso SAT han ido surgiendo y una serie de universidades se van interesando en la propuesta de este método que pretende suplementar la formación académica de los educadores, y todo esto contribuye a que, en medio del pesimismo generalizado respecto al cambio social y la impresión por parte de la ciudadanía activista de que vamos hacia la catástrofe, no puedo evitar sentir que no nos será difícil cambiar la sociedad si apuntamos en la dirección justa: hacia la conciencia, la educación, la formación humana de maestros, y una revolución educacional que a su vez apunte hacia la armonía de nuestras tres personas interiores. Por más que pretender una revolución en una institución tan inerte como la educación nos parezca tan improbable como sacar agua de las piedras, no es imposible que terminen imponiéndose los resultados impresionantes de nuestros breves programas, así como la evidencia lógica de que la educación sea la clave al cambio masivo de conciencia que

se requiere para que pueda haber una regeneración en nuestra forma de vivir y nuestras instituciones. Y contribuirá, seguramente, el hecho de que en el fondo queremos lo mejor para nuestros descendientes.

Recuerdo haber leído durante la adolescencia un cuento de Chuang Tze acerca de un carnicero magistral cuyo cuchillo, en vez de desgastarse por el uso, se afilaba por la manera como su dueño sabía dirigirlo por aquellos lugares –entre fascículos musculares o por el interior de articulaciones– en que la resistencia de un cuerpo es mínima. Así imagino que puede ser el proyecto descrito en este libro: una vía correcta por la cual cambiar el mundo bien pudiera resultar sorprendentemente fácil.

Además, así como las grandes demostraciones matemáticas son elegantes, me parece que la realidad misma es elegante –¡y qué poco elegante sería que nuestro bello planeta se apagase antes de florecer siquiera!–. También creo que el mesianismo, entendido como esperanza de alcanzar un mejor estado colectivo no es locura, sino salud mental, y que la esperanza se conoce tan poco que no se comprende que sea tan importante como la fe y como el amor.

La esperanza apunta en una dirección contraria a la paranoia o desconfianza, e implica una confianza espontánea, que se apoya a su vez en una intuición sutil pero clara de las cosas. Todas las grandes civilizaciones clásicas fueron mesiánicas, y ya se espere el retorno de Khrisna, de Shiva, de Rama, de Cristo, de Queztzalcoal o de Maitreya, se está interpretando una misma intuición, articulada de forma distinta por las tradiciones sapienciales.

Pero sin necesidad de que confiemos en las tradiciones, podemos tener esperanza en que la conciencia humana logre hacerle frente al reto de nuestra crisis. Parece como si, justamente cuando nuestro sistema empieza a colapsarse, el ego individual se tornase más consciente de sí mismo.

Desde que sólo un par de años que he alzado la bandera de una revolución educativa a la vista de nuestro destino común, me parece que muchos hechos indican que las puertas efectivamente se están abriendo, por lo que, lejos de sentirme frustrado, me siento estimulado. Además, no dudo que relanzando este libro al mundo me encontraré con otros que apoyen nuestro proyecto.

Este libro fue prácticamente terminado antes de que el derrumbe de las torres gemelas en Nueva York un 11 de Septiembre precipitase el ataque a Afganistán, y lo terminé el 7 de Marzo de 2003 cuando las tropas norteamericanas penetraron en Bagdad. Diríase que tales acontecimientos mal se avienen con el optimismo, y sin embargo persiste el mío de manera aparentemente irracional. Y es que las demostraciones populares en todo el mundo demuestran una conciencia nueva y hacen más aparente que nunca el carácter anti-democrático y fascistoide del poder que hoy anima a la mayoría de los gobiernos. Bien sabemos que este poder no radica en los gobiernos mismos, que se han vuelto marionetas movidas por la presión económica de conglomerados empresariales, pero se vislumbra la posibilidad de que la creciente credibilidad de los grupos ciudadanos termine por pesar más que el poder del dinero y los ejércitos. Si es verdad la afirmación de Willis Harman de que nunca se sostiene la autoridad sin legitimación, puede esperarse que la actual autoridad del imperio comercial global, ampliamente deslegitimado, vaya equilibrándose con la autoridad de la sociedad civil.

Nuestra situación es comparable a aquella que describe la antigua leyenda del Golem (admirablemente narrada por Meyrink) –según la cual un poderoso androide creado con artes mágicas se vuelve destructivo y debe ser destruido–. Hemos creado, efectivamente, una máquina que nos domina y destruye como un cáncer de crecimiento implacable, y sólo la claridad generalizada acerca de ello podrá permitirnos desmontarla. Piénsese, por ejemplo, en la naturaleza de las empresas que hemos creado, las que estructuralmente, según sus artículos de incorporación, están destinadas a hacer dinero. Ya no se puede pensar, como en los tiempos de Dickens, que el corazón del capitalismo explotador se encarna en unos cuantos individuos codiciosos: la codicia está programada, pues descansa en la estructura de los negocios –sólo que la criminalidad no expone a las empresas al peligro de la silla eléctrica.

Los tres primeros capítulos de esta obra se ocupan de cómo está el mundo, de cómo sería mejor que estuviese y de qué se podría hacer al respecto. Junto a los tres capítulos siguientes lo he

llamado “educación salvífica”. Aparte de argüir en ella que la civilización que hemos conocido está naufragando, y que la educación puede ser nuestra tabla de salvación, doy noticia de mi propia contribución a lo que pudiera ser la educación del futuro: el programa que he venido ofreciendo desde hace unos quince años en diversos países y que, con ocasión de un homenaje de los psicólogos chilenos en la Universidad de Chile, tiempo atrás definí como “un proceso integrativo y transpersonal para la formación de agentes de cambio”. En el capítulo que cierra el libro describo como “un currículum de auto-conocimiento, reeducación interpersonal y cultivo espiritual” que por su económica y potente efectividad promete llenar un vacío en la actual formación de profesores.

Sean cuales sean las razones que se tengan para ser optimista o pesimista, creo que más vale que demos batalla. Me parece saludable combatir por la vida. Como dice un refrán inglés, “Es mejor encender una vela que maldecir la oscuridad”. Y ya que concibo la educación como nuestro mayor esperanza, cómo podría no querer hacer algo al respecto, poniéndome a su servicio.

Ojalá que este libro inspire a otros a hacer algo semejante. Imagino que muchos puedan encontrar un mayor significado en sus vidas colaborando con algo que constituye el hilo rojo de nuestra salvación, pues como ya he dicho tantas veces, no creo que haya otra salida que aquella de volvernos más conscientes, y me parece que sólo a través de la educación podremos afectar eficientemente la conciencia colectiva.

Que estas líneas interesen suficientemente a mis lectores como para que echemos a rodar el proyecto de esa transformación de la educación, sin la cual me parece imposible la transformación de la economía o el mundo pacífico en el que a todos nos gustaría vivir –que me parece la única forma en que aquellos que ejercen el poder pudieran contribuir al tan deseable cambio de rumbo de la historia.

Amén.